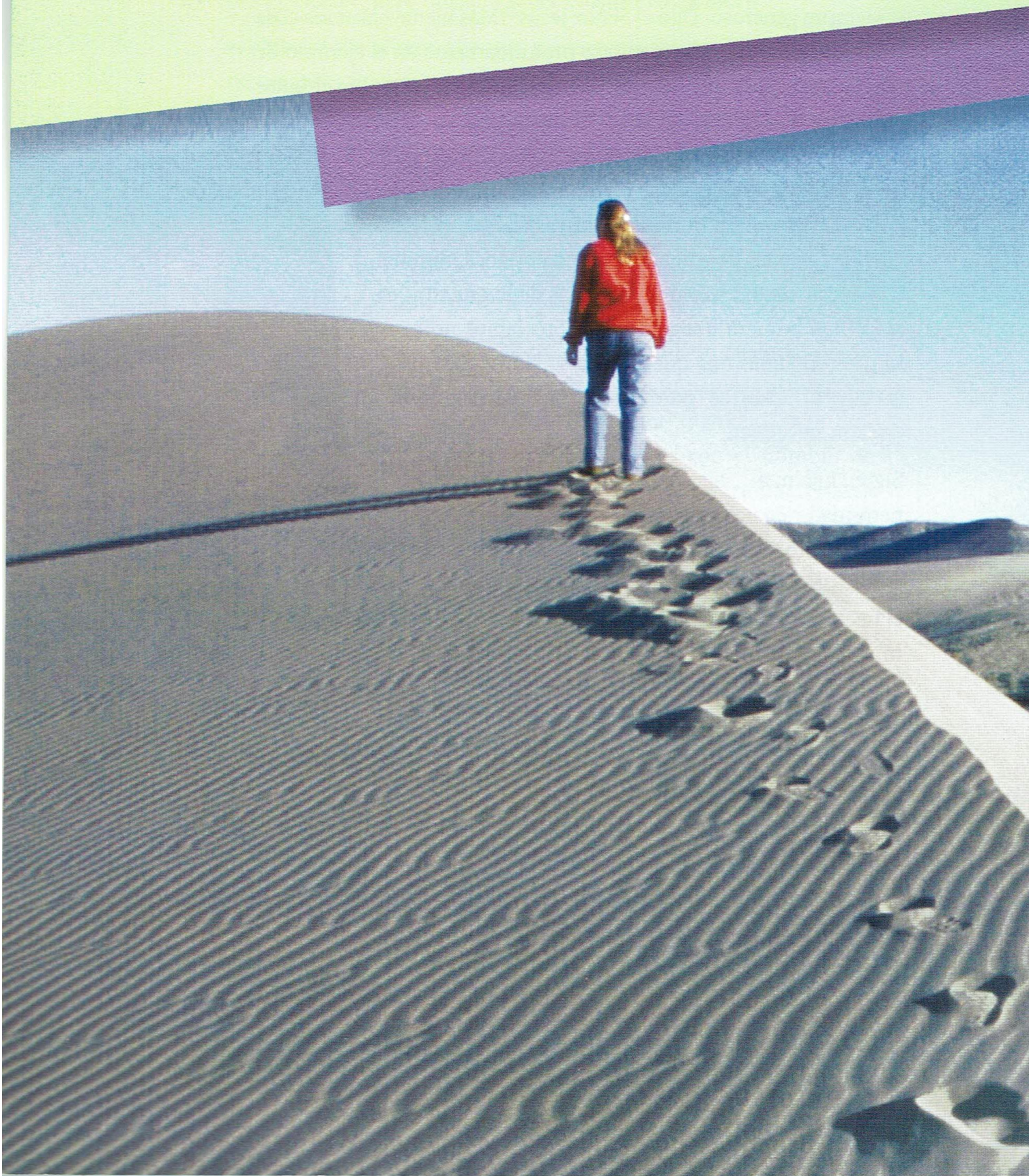


"Para que te vaya bien..."



Carta
15

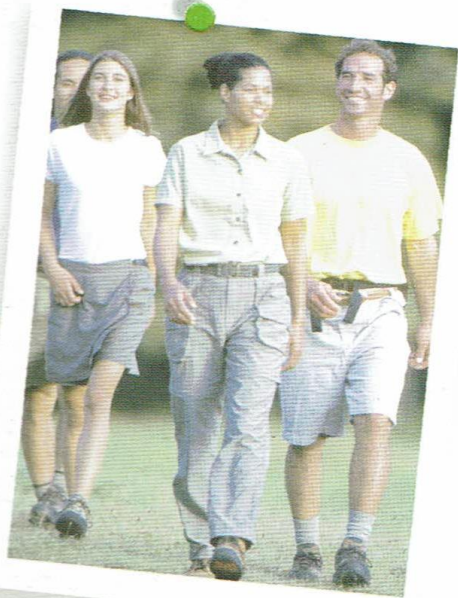
Querida hija... Querido hijo...

He tomado del Antiguo Testamento las palabras con que doy inicio a esta carta (Deuteronomio 4: 40). Las menciono por dos razones. Una de ellas consiste en que **sintetizan** el deseo más ferviente de mi corazón con respecto a ti. La otra, en que fueron dichas en circunstancias que en cierto modo son similares a aquellas en que tú te hallas ahora. Israel había terminado una etapa de su **peregrinación** a través del desierto. Se encontraba frente al río **Jordán**, que por mandato del Todopoderoso iba a cruzar para establecerse en la tierra que le había sido prometida muchos años antes. Al iniciarse esa nueva etapa de su vida, Dios deseaba sinceramente que les fuera bien. Con ese motivo les dio una serie de principios a los cuales **debían atenerse** para que tal cosa ocurriera. Tú también te encuentras frente a una etapa difícil de tu vida y también yo deseo sinceramente, con toda mi alma, que te vaya bien. Para guiarte voy a darte en esta carta algunos principios más, que espero te sean útiles. Así que vayamos al asunto.


Encontrarás a veces que las cargas de la vida y las circunstancias en que te muevas serán tales que pesarán sobre tu corazón como **pesan el hierro o el plomo**. Quizá te sientas **deprimido o deprimida**. Las noches no tendrán estrellas y los días serán pesadamente grises. Esa depresión traerá de la mano, por si puede introducirlo en ti, el desánimo.

Recuerda que cuando la depresión y el desánimo se establecen en el corazón de un ser humano, producen, como único fruto posible, el fracaso.

- Cuando sientas sobre tu corazón el peso de la lucha que realizas, cuando sientas que tu espíritu comienza a deprimirse, detente a hacer un examen de ti mismo o de ti misma.
- Analiza tu vida, analiza las circunstancias en medio de las cuales te desenvuelves.
- Analiza la **naturaleza del esfuerzo** que estás realizando.
- Estúdiate a ti mismo o a ti misma para descubrir si no hay alguna cosa en que estás fallando. Tal vez algún mal sentimiento se ha infiltrado dentro de ti y empieza a minar tu fortaleza y tus propósitos. Es posible que haya disminuido **el grado de tu intimidad con Dios** y empieces a sentir los resultados. Por lo tanto, conviene el análisis.



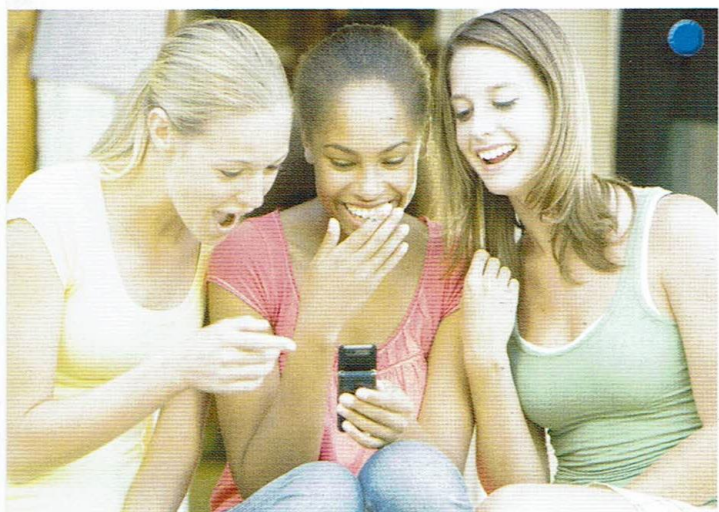
- **Rectifica** lo que debas rectificar. No olvides que una cosa aparentemente pequeña puede convertirse en algo sumamente grave si no la detienes a tiempo. Si en el techo de una casa se produce una pequeña gotera y no se tapa adecuada y oportuna-mente, con el correr de los días y de los meses se agrandará hasta hacer **inhabitable** ese lugar. Por eso conviene actuar a tiempo.
- Cumple siempre tus promesas. No prometas nada que no estés seguro de poder cumplir. Ahora bien, una vez que hayas prometido algo, **cúmpelo puntualmente**. Así, aquellos con quienes convives sabrán que se puede confiar en ti. **Quienes no saben cumplir sus promesas terminan por perder la confianza de los demás.** El asunto es que



“Hermanos, no se quejen unos de otros, para que no sean juzgados; pues el Juez está ya a la puerta” (Santiago 5: 9). Sí, hija mía... hijo mío, que el buen humor sea una de las características **predominantes** de tu personalidad.

Vas a encontrarte a veces con una situación curiosa. Algunos de tus amigos pretenderán que adoptes sus **resentimientos** y actitudes contra determinadas personas. Mi consejo es que **mantengas tu independencia** en lo que a tus amistades se refiere. Nadie puede pretender que por ser tú su amigo, debas hacer causa común con él y participar de los resentimientos y las dificultades que tenga con los

demás. Mantente ajeno o ajena a esas dificultades y serás de más ayuda para tu amigo, porque en tu consejo no habrá influido la pasión.



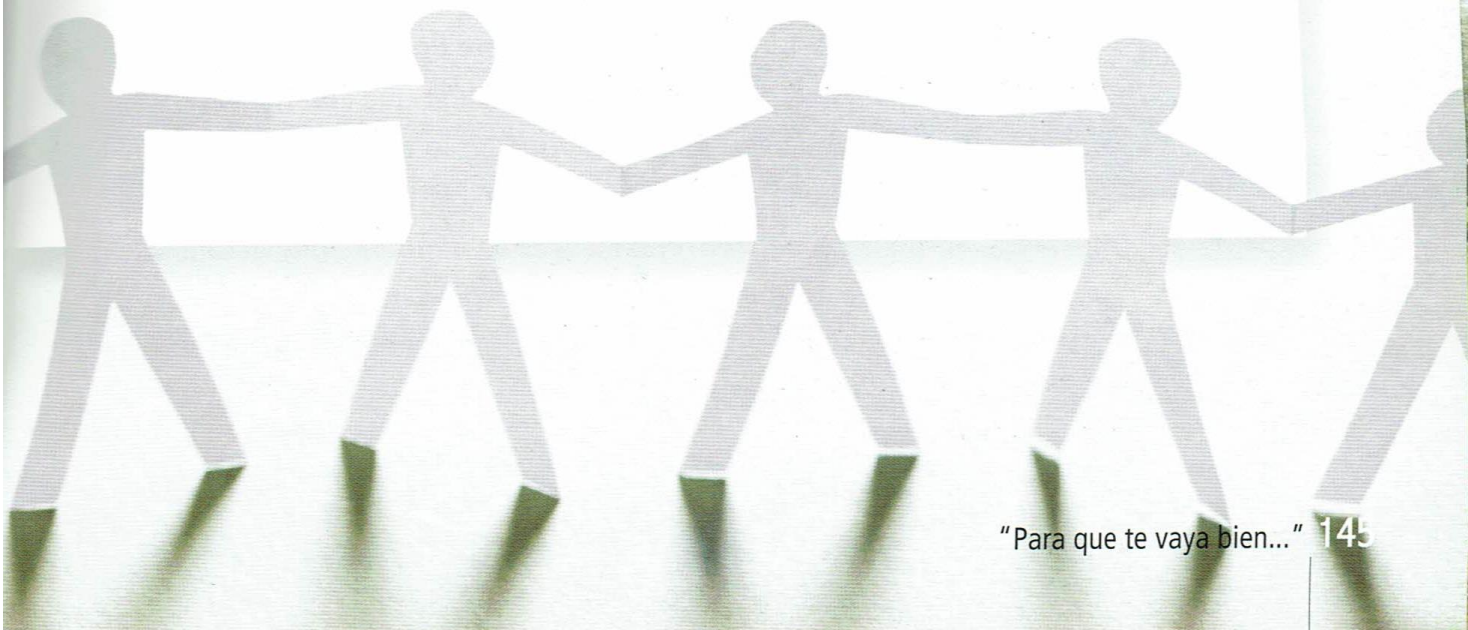
Permíteme que vaya un poco más lejos y te diga que serás sabio si logras mantenerte al margen de los asuntos de los demás, aun de los de tu amigo más íntimo. Si este confía en ti y te abre su corazón, **sé un sepulcro sellado** para todo lo que te diga. No **aludas** jamás a esa confianza, ni directa ni indirectamente.

Encontrarás que hay personas que parecen hallar un placer inmenso en **escarbar en los demás para sacar cuanta información pueden** acerca de sus sentimientos y sobre todo, de sus resentimientos para con otras personas. Van luego a esas otras personas y realizan **la misma indigna tarea**, no sin dejar caer de paso alguna referencia a lo que saben, incitando así a unos contra otros. Esto parecería proporcionarles un placer extraordinario. Pero es un placer morboso y degradante. Evita, hija mía... hijo mío, esta tentación de la que tantos son incapaces de librarse.

Tampoco caigas en la tentación de tratar de hacer valer tu superioridad sobre los demás. Es ese un afán muy pobre. Sobreponete a esta tentación. Trata más bien de pasar inadvertido. Hay personas cuya conversación gira constantemente en torno a ellas mismas. Se sienten más importantes que todos los demás. Ellos, por supuesto, entienden todos los asuntos mejor que cualquier otra persona. En cuanto a lo que poseen, es siempre mejor, más bonito y de más valor que lo que puedan poseer sus amigos y semejantes.

Cuando descubren que alguien posee cosas de más valor que ellos o entienden mejor algunos asuntos u ocupan una posición de más importancia, se sienten tristemente disminuidos. Además sufren enormemente. Eso les parece casi una ofensa que no pueden tolerar.

Hija mía... hijo mío, no te expongas a un peligro como ese. No cedas nunca a esa tentación. Reconoce que por mucho que sepas, que por mucho que entiendas en cualquier asunto, puede haber mucho más que ignoras. Vas a descubrir que con frecuencia podrás aprender muchas cosas de las personas de condición humilde y hasta de aquellos que desde el punto de vista de la cultura o de la carencia de un diploma que acredite la terminación de un curso, parecerían ser ignorantes. Con frecuencia la vida enseña más que los libros. Hay mentes extraordinariamente claras e inteligentes que si bien no han tenido la oportunidad de seguir un determinado curso de estudios, en cambio han penetrado dentro de los problemas de la existencia. Han percibido las realidades de la vida y son capaces de hablar con



más juicio y con más sabiduría que aquel que puede ostentar en la pared media docena de diplomas que son solo la fachada que disfraza su ineptitud.

Nunca tengas en menos ni desprecies a los demás. Recuerda que cada uno puede enseñarte una lección que tú debes estar siempre dispuesto a recibir.

Cuando veas a los demás reír, no se te ocurra pensar que todo el mundo es más dichoso que tú. Lo que ocurre es que muchos han aprendido a no exhibir sus sufrimientos ni a valerse de ellos para despertar la lástima y la misericordia de los demás. No caigas en esa falta de buen gusto. Olvida tus preocupaciones fuera de los momentos en que debas resolverlas. Verás cómo te sientes tan dichoso como aquellos a quienes podrías tener la tentación de envidiar por la alegría que reflejan. Conocimos a una persona a quien algunos solían llamar

la "dolorosa". Parecía siempre la imagen de la melancolía y le era muy difícil tolerar a su alrededor a nadie que no pareciera sentirse, como ella, abrumado por el peso de todas las cargas de la vida. Por supuesto, quienes la conocían la rehuían constantemente.

No, no creas todo lo que oigas. En lo que te dicen puede haber mucha exageración. Ya sabes tú cómo es el espíritu humano, siempre dispuesto a magnificar las cosas y a darles un sentido que con frecuencia no tienen. Es posible que en lo que se dice haya mala intención... Cuando se hable mal de algo o de alguien, ten en cuenta que la persona que habla puede estar engañada por su propio juicio o por una mala información, o puede ser movida por una intención inconfesable. Por lo tanto, no permitas que lo que oyes impresione tus sen-



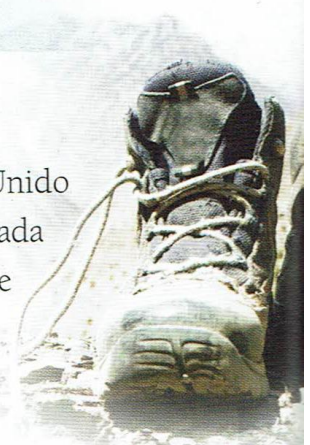
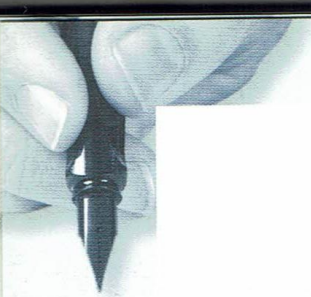
A+ timientos y te predisponga contra la persona o personas de quienes se habla.

Quiero decirte algo más todavía. No te burles nunca de la creencia religiosa de nadie. Respeta aun a aquel a quien consideras totalmente equivocado. Cada individuo tiene el divino derecho de creer según su conciencia se lo indique, y aunque tú sepas que está en un error, respétalo. Si no respetas la fe de los demás, ¿cómo puedes esperar que los demás respeten la tuya? La conciencia es inviolable y la fe no puede imponerse. Nace de adentro. Nace de su contacto con la realidad divina.

Sí, sí, dirás que hay creencias que son absurdas y que es tu deber tratar de demostrar su error. Comprendo tu celo y hasta cierto punto, tienes razón. Será tu deber, un deber de conciencia, iluminar a aquel que esté en las tinieblas. Sin embargo, hay una gran diferencia entre este hecho y tener en menos y burlarse del que no crea como tú. No, sé siempre respetuoso de toda creencia. Sé siempre un caballero o una dama. Ten siempre presente la regla de oro. Es necesario obrar con los demás de la manera como quisiéramos que ellos actuaran para con nosotros.

Dos cosas más para terminar esta carta. En primer lugar, a nadie





niegues tu colaboración cuando se trate de una obra de bien. Unido al de los demás, tu esfuerzo puede lograr grandes resultados. Cada uno por sí solo muy poco podría hacer. Cuenta Lamennais que “un hombre viajaba por la montaña y llegó a un punto en que una gran roca, que había caído sobre el camino, hacía imposible pasar ni por la derecha ni por la izquierda. Pues bien: ese hombre, viendo que no podía continuar su viaje por causa del peñasco, trató de moverlo para abrirse paso. Se fatigó mucho en su empeño y todos los esfuerzos que realizó resultaron vanos.

“Al ver esto se sentó tristemente y empezó a decir: ¿Qué será de mí cuando llegue la noche y me halle en este despoblado sin comida, sin abrigo ni defensa a la hora en que las fieras salen de sus guaridas para

buscar alimento? Mientras su espíritu estaba embargado por estas amargas reflexiones, llegó otro viajero que también quiso mover la peña; como tampoco pudo lograrlo, se sentó en silencio dejando caer la cabeza sobre el pecho.

“Y después de estos llegaron otros más, y como ninguno podía mover la roca, todos se llenaron de temor. Al fin, uno de ellos dijo a los demás: ‘Amigos míos, ¿quién sabe si no podemos todos juntos conseguir lo que cada uno no ha logrado por sí solo?’

“Se levantaron, y todos al mismo tiempo empujaron la roca; el peñasco cedió y los hombres pudieron seguir en paz su camino.

“El viajero es el hombre; el viaje es la vida; la roca, las miserias que aquel encuentra a cada paso en su marcha”. Recuerda, hijo mío, la gran lección que esto encierra, y practícala.



Por fin, mi último consejo en esta carta. No veas en estas mis palabras reproche alguno, porque no lo hay. Estoy orgulloso de ti como hijo o hija. Sin embargo, no por eso puedo dejar de decirte que debes guardar para tus padres ahora y siempre el más sincero respeto. Nadie como ellos te ama, nadie como ellos quiere tu bien. Si fuera necesario tu madre y tu padre darían la vida por ti. ¡No harían asimismo por ti cualquier otra cosa que sea para tu bien! Hónralos dondequiera que estés. Sé cariñoso con ellos y hazles saber que los amas. Si estás lejos, que nunca les falte la alegría de tus cartas o mensajes. En cierto modo, y esto lo comprenderás mejor más adelante, ellos han empezado a vivir de nuevo en tu propia vida. Todo lo que haces les interesa, tienen profundo y sincero interés en verte progresar. Tú lo eres todo para ellos en este mundo. Hónralos con tu conducta, con tus palabras y con toda tu vida. Dales la suprema alegría de saber que su hijo o su hija es una persona de bien.

